

Natalicio 106 del Padre Guillermo de Castellana

*Martín Caicedo Solarte*¹

(25 de abril de 2018)

El amanecer del 25 de abril de 1912, en la colorida población de Castellana - Sícula, Provincia de Palermo (Italia), debió estar tachonado de estrellas y luceros que con resplandor de plata y luz de cielo iluminaban el hogar de Don Juan Bellina y Doña Calógera Bencivinni, porque la Providencia Divina bendecía el humilde hogar con la "legada" del pequeño Francesco, quien fuera la alegría y el encanto de una familia ataviada de un auténtico cristianismo. Cuantos sueños e ilusiones albergarían sus padres para aquel niño, pero los designios de Dios eran otros, lo entregaba al mundo para cumplir la misión apostólica de recorrer los caminos con las sandalias del pescador de Galilea y el sayal del Santo de Asís, anunciando por doquier el plan del Padre Celestial para felicidad y salvación de sus hijos, a través del Evangelio de Jesucristo.

Apenas terminada la segunda guerra mundial y habiendo recibido la Ordenación Sacerdotal el 29 de junio de 1937, día en que la Iglesia católica conmemora la fiesta de San Pedro y San Pablo, fue encargado de atender pastoralmente a las niñas de escasos recursos económicos del barrio Danizini, agrupándolas en una organización juvenil bajo el amparo de la Niña Mártir María Goretti.

En el año de 1950, enterado de la voluntad de sus superiores que le pedían desplazarse a la Misión de Colombia, presentó algunos argumentos para no viajar, y, textualmente en uno de sus escritos responde al Padre Procurador General de la Orden:

Por un lado, yo, como he dicho en vuestra presencia, a pesar de haber tenido en el pasado algún fugaz impulso a la vida de las misiones y teniendo en cuenta que tantas almas esperan la luz de la verdad y la salvación, no puedo decir en conciencia de haber tenido una clara y profunda vocación misionera. Otra preocupación que he tenido todavía, es lo relacionado con el clima ecuatorial que, especialmente, tienen muchas zonas de Colombia y con otros factores humanos que posiblemente no podría soportar fácilmente. De todas maneras, mi mayor y decisiva preocupación es aquella de no contradecir la voluntad de Dios, y, por eso, con plena sumisión atiendo lo que vosotros dispongáis.

Y al cruzar el Océano Atlántico, junto a otros frailes, debió recordar con inmensa tristeza a su Italia del alma y a su natal Castellana donde vio la luz primera de la vida. Sus ojos verdes se debieron empañar con lágrimas de nostalgia por ausentarse de lo más preciado, su familia, sus amigos, sus seres queridos, quienes fueron a lo largo de su vida, alma de su alma y corazón de su corazón; atrás quedaba su patria amada, rodeada del verde azul de los mares Tirreno, Adriático y Mediterráneo, y tierra embriagada por el dulce olor de naranjos y viñedos.

¹ Docente de la Institución Educativa Municipal María Goretti.

El día 22 de enero de 1951 llega a la ciudad de Pasto, donde al paso de los años se erige como el sacerdote redentor de cientos de niñas que anhelaban un futuro promisorio, y como el Buen Pastor dio la vida por sus ovejas y las condujo por bellas y verdes praderas llenando su tierno corazón con el más excelso amor.

Paternalmente, acogió a las niñas en el redil de su colegio, las alimentó con las palabras santas de la Sagrada Escritura, con el Pan Eucarístico y la Sangre Redentora del Cordero Inmaculado; como buen pastor conoció el timbre de su voz, pero, también sus penas, angustias y quebrantos; conoció sus alegrías, sueños e ilusiones, y, sin vacilar, ellas lo siguieron porque tuvo palabras de cielo, porque su voz fue la de un padre bondadoso y caritativo, con un corazón que latía de amor y con sus ojos que despedían luces de esperanzas ciertas.

El padre Guillermo es el hombre que nació para la historia. Alguien escribió a los pocos días de su sensible fallecimiento, el 30 de julio de 1986:

Su vida y obra es toda una historia, hecha a pulso, minuto a minuto, peldaño tras peldaño, lucha tras lucha, conquista tras conquista, cada mente cultivada por sus enseñanzas, cada vida nutrida por sus consejos, cada destino iluminado por su pensamiento, cada ladrillo de esta colosal obra redentora, nos hablarán de su presencia.

Quienes tuvimos el inmenso privilegio de conocerlo y caminar a su lado, fuimos testigos de que sus sandalias de franciscano humilde se untaron del polvo de los caminos, surcó los cielos y atravesó los mares del mundo como mendigo de amor, acompañado de su fe inquebrantable y de su amor al servicio, buscando la mano amiga que le permitiera hacer realidad sus sueños de construir una obra educativa que se levante como templo de redención y de ciencia; fue toda una aventura porque tuvo que soportar y atravesar el desierto del egoísmo, la indiferencia y la incompreensión de entidades gubernamentales que estremecieron su corazón de impotencia e hicieron brotar lágrimas de sus ojos claros y serenos; pero, también lo vimos sonreír y llorar de felicidad cuando las metas trazadas se iban logrando como cascadas de luz y de bendiciones que llegaban del cielo.

Fue un hombre de carácter recio, si se quiere, duro, propio de su estirpe italiana, exigente en el trabajo con todos, pero más consigo mismo. A pesar de ser la piedra angular de este altar de la fe y el conocimiento, jamás usó su poder con destellos de grandeza, soberbia y arrogancia, lección de vida que se debe seguir al pie de la letra porque en la sencillez y en la humildad está la grandeza del hombre.

En la persona del padre Guillermo se hizo realidad el mandamiento del amor, fue el hombre de la ternura y el servicio, que perdonó y pidió perdón, que llenó de luz el cielo de Nariño, que sembró semillas de esperanza en los surcos del jardín goretiano, que día tras día las regaba con la sabia de su conocimiento y las lágrimas de su amor sacerdotal.

No se detuvo a pensar jamás, si con el paso de los años la muerte pudiera encontrarlo con el sayal de franciscano hecho jirones y su corazón sangrante; pero, por fortuna, mientras vivió entre nosotros lo amamos, lo respetamos como nuestro padre espiritual e hicimos lo humanamente posible por brindarle las mejores alegrías en el campo de la ciencia, el arte, la cultura y el deporte. Pero, también ante sus despojos, hemos reafirmado

lealtad y fidelidad a su legado; seguiremos evocándolo diariamente en cada una de nuestras plegarias que se elevan al cielo al son de dulces y lentas campanadas.

En este día de júbilo para la comunidad educativa goretiana, en el que estamos celebrando su natalicio 106, es preciso que hagamos votos para mantener viva y radiante su obra educativa; que su Filosofía Personalizante y Humanizadora siga siendo la brújula que indique el norte de toda la obra goretiana, y que esta sea responsabilidad de todos, puesto que jamás se oyó de los labios del gran Guillermo de Castellana que su legado filosófico recaiga en los hombros de alguien específico, ella carece de poseedores y delegatarios absolutos porque como goretianos tenemos el compromiso ineludible de hacerla conocer ya que todos hacemos parte de la historia viva de esta noble y prestigiosa obra.

En nuestro corazón solo debe haber gratitud y fidelidad a quien la inspiró y respeto a quienes han dado continuidad a esta monumental obra a través del tiempo; cada uno de ellos, empezando por el padre Anselmo Caradonna, un hombre filántropo, altruista y de corazón humilde, que jamás pretendió cosa distinta a seguir los pasos del fundador; muchos somos testigos elocuentes de su profundo respeto, lealtad y obediencia al padre Guillermo, aún en las postrimerías de su vida.

A quienes han ejercido la dirección de este alcázar del saber, muchas gracias por seguir las huellas y el legado del benefactor insigne, cada uno le ha puesto el corazón a los emprendimientos que se han trazado desde la rectoría y que, sin duda alguna, han repercutido para que el Colegio María Goretti siga brillando con luz propia en el firmamento de este jirón de la patria.

Hoy, cuando celebramos su natalicio y lo recordamos junto al Altar, como él nos lo pidió en la homilía de despedida de su último viaje a Italia, el 23 de abril de 1983, sea la feliz oportunidad para decirle a viva voz que seguiremos caminando por la ruta que él nos señaló, continuaremos regando semillas buenas en cada surco del jardín goretiano, alimentándolas con el testimonio de vida a pesar de nuestras debilidades humanas, luchando por lo que él luchó y amando lo que él amó.

Dios quiera que la egregia imagen del padre Guillermo y de su obra educativa siga incólume en la eternidad de tiempo para Gloria de Dios y servicio del hombre.

Que hoy y siempre, sigamos recibiendo desde el cielo su santa bendición.